

DESTRONAMIENTO DE ISABEL II

Viejo y enfermo, Narváez es casi el único sostén del trono. O'Donnell no piensa intervenir en los negocios públicos, pero su figura y su historia política contribuyen también a la seguridad de Isabel II, que ahora, como en el tiempo en que el duque de Tetuán dirigía los destinos de España, no se da cuenta de lo que debe al general. Retirado en Francia, ha de morir el 5 de noviembre de 1867.

Su muerte precipitó los acontecimientos. La Unión Liberal, descontenta pero fiel a Isabel II, perdió con su jefe la templanza y su fervor por la reina. El general Serrano, substituto de O'Donnell en la dirección del partido, no estaba dispuesto a tolerar más humillaciones y, compartiendo la opinión de muchos destacados miembros de la Unión Liberal, pensaba en una inteligencia con los progresistas, e incluso con los demócratas, para acabar con el favoritismo real, las influencias de la camarrilla y el despotismo imperante.

Los manifiestos de los emigrados, los impresos clandestinos en Madrid, los panfletos, las ironías y canciones, todo evidenciaba un ambiente precursor de algo grave, indefinible todavía, pero que los más avisados resumían en la vaga expresión "esto se va".

En palacio no parecían darse cuenta de ello ni las cortes extranjeras adivinaban tras aquella agitación el fin del reinado de Isabel II. Así, mientras en las Tullerías pensaban que la reina de España podía mantener contra todo riesgo su corona, el papa, después de dieciséis años

de no mandar la "Rosa de Oro" a ninguna corte de Europa, creyó oportuno ofrecerla a Isabel II como "perenne monumento al amor ardentísimo que te profesamos, carísima hija en Cristo, así por tus egregios méritos para con Nos, para con la Iglesia y para con esta Sede Apostólica, como por las altas virtudes con que brillas". Esto casi parecía burla, porque las virtudes de Isabel II estaban más que nunca en entredicho: en esta ocasión, el causante de la maledicencia era Carlos Marfori, hijo de un cocinero italiano, casado con una prima de Narváez, gracias a lo cual alcanzó altos cargos políticos hasta llegar al de ministro. Desde aquel momento no tuvo necesidad de Narváez; la reina se había fijado en él y las relaciones debieron ser tan sin disimulo, el favor real hacia Marfori tan descaradamente manifestado, que hubo de pasar no sólo los muros de palacio —cosa relativamente fácil por lo que han tenido siempre de transparentes—, sino los de las ciudades y también los montes de las fronteras. Un biógrafo de Isabel II ha escrito: "Aquí es donde el escándalo se convierte en ruidoso... Víctor Tissot ha visto, en esta época, en un café concierto de Alemania, a una cupletista imitar la satisfacción de Isabel del brazo de Marfori"¹. Así pues, si ya resultaba arriesgada la ofrenda, más arriesgadas eran las palabras del pontífice: "Recibe, pues, con ánimo muy complacido esta rosa, insigne por tantos misterios, carísima hija de Cristo, no sólo como testimonio de nuestra decidida y benevolentísima voluntad para contigo, sino mayormente como prenda de celestial auxilio para que a tu Majestad, a tu augusto esposo y a toda tu real familia, suceda todo lo fausto, feliz y saludable". El enviado apostólico que leía las palabras de Pío IX ante la reina en la capilla de palacio, no podía sospechar que faltaban tan sólo unos

¹ Pierre DE LUZ: *Ob. Cit.*, pág. 232.

cuantos meses para que Isabel II fuera arrojada del trono de España.

La muerte de Narváez —25 de abril de 1868— dió más alientos todavía a la conspiración intensa de España. Isabel, aconsejada, según se afirma, por Marfori¹, recurrió al suicidio, esto es, a González Bravo, al hombre desprestigiado, al antiguo demagogo que —después de haber llamado "ilustre prostituta" a María Cristina— había sido la voz de la reacción y de la intransigencia, y que al correr de los tiempos, al conocer la abdicación de Isabel II en favor de su hijo Alfonso, encontrará en el carlismo su campo adecuado.

Desde aquel momento —ha escrito atinadamente Juan Valera— "no gobernaba ya en España un partido, sino una fracción obcecada"². Una dictadura civil, que esto es el gobierno de González Bravo, ¿cómo va a dominar a los militares que han impuesto siempre su voluntad? Pero González Bravo, conociendo el ambiente revolucionario, al corriente de los manejos de los emigrados, parece desafiarlos con la expresión de que desea "algo gordo que hiciera latir la bilis", o bien "tirar del puñal, para agarrarse a sus enemigos de cerca y a muerte"³. Y sus enemigos no son ya sólo los progresistas y los demócratas, sino también la Unión Liberal, con los generales Serrano, Dulce, Jovellar, Camino, Córdova, dispuestos a no seguir el ejemplo que les había brindado O'Donnell, y a desenvainar sus espadas contra Isabel y en favor —ésta era la gran diferencia que de momento presentaban los tres grupos revolucionarios— de Luisa Fernanda, duquesa de Montpensier, que en aquellos días dejará España con su familia para, desde Portugal, estar al corriente de la trama que

¹ Marqués DE LEMA: *De la Revolución a la Restauración*. Madrid, 1927.

² Antonio BALLESTEROS: *Ob. cit.* Tom. VIII, pág. 100.

³ *Historia General de España*. Tom. XXIII, pág. 312.

había de elevarla, según ella pensaba, a la dignidad de reina de España.

Prim, emigrado en Londres, estaba en correspondencia con los progresistas, con los demócratas y con los miembros de la Unión Liberal, ansiosos de conocer su opinión sobre el proyecto de colocar a Luisa Fernanda en el trono. Muy cauto y discreto, no quiso comprometerse; comprendía, sin embargo, que la alianza con Serrano era indispensable para asegurar el triunfo, y contestaba de acuerdo con el programa de Ostende. No muy satisfechos los unionistas de las respuestas vagas del conde de Reus, concertaron, de acuerdo con los progresistas, una reunión en Bayona. Prim sostuvo en ella que plantear de antemano la cuestión de la persona que había de ocupar el trono, equivaldría a fomentar la discordia entre los grupos revolucionarios. Según él, no había más que un camino a seguir: la soberanía nacional, a la que estaba dispuesto a sujetarse. Las juntas revolucionarias que actuaban en Madrid y en las cuales Muñiz ostentaba la representación de Prim, habían llegado simultáneamente a un entendimiento.

El trono de Isabel, condenado ya a muerte, había de cometer aún el grave error, por disposición de González Bravo, de detener a los generales unionistas, una vez proclamada —en un artículo de *La Nueva Iberia* (3 de julio de 1868)— la alianza entre la Unión Liberal y los progresistas. Cuatro días más tarde, el conde de Cheste, nuevamente capitán general de Madrid, cumplía las órdenes y detenía al duque de la Torre, a Dulce, a Zavala, a Fernández de Córdoba, a Serrano Bedoya, a Ros de Olano, mientras seguían la misma suerte en San Sebastián, el teniente general Rafael Echagüe, y en Zamora, el mariscal de campo Caballero de Rodas. Al mismo tiempo se invitaba a salir de España a los duques de Montpensier, que se hallaban en Sanlúcar de Barrameda.

La revolución podía empezar de un momento a otro, provocada por el gobierno, que, al justificar las medidas adoptadas, calificaba acertadamente de inverosímil a la liga revolucionaria, compuesta “de los ametralladores y ametrallados de ayer”.

El mismo día marchan los detenidos a Cádiz, en donde habrán de ser embarcados para las Canarias. En el castillo de San Sebastián reciben la visita de Adelardo López de Ayala y del marino Juan B. Topete, quien al escuchar de Serrano los males que para España reporta el proceder de la reina, decide ayudar al alzamiento. Esto, por lo menos, es lo que nos dicen las historias, pero hay en el proceder de Topete algo inconfesable, personalísimo, que él mismo procurará esconder. Marino de prestigio, uno de los que combatieron a las órdenes de Méndez Núñez en el célebre combate del Callao, no se considera suficientemente recompensado; su nombramiento de comandante del Apostadero de Cádiz no le satisface. El hecho de haberle Isabel invitado a su mesa no le convierte, ni mucho menos, en incondicional. Serrano le habla de la monarquía, de Luisa Fernanda, que será proclamada reina por las Cortes Constituyentes que saldrán de la revolución; de los principios liberales; de la ruina de España, si es que no se toman decisiones rápidas; de los hombres que están ya comprometidos... y el cuadro es tan seductor, y tan preponderante el papel que el duque de la Torre ofrece veladamente a Topete, que el marino decide hacer causa común con los progresistas, con los demócratas y con los unionistas, para destronar a Isabel. Tan sólo exige que el movimiento se inicie cuando la reina se ausente a las costas cantábricas, lejos de Madrid, a fin de que pueda cruzar la frontera sin peligro alguno para su persona.

Con el compromiso de Topete la revolución no había ganado sólo un militar más: tenía a su lado a la Marina, que hasta entonces se había mantenido siempre al margen

de los constantes pronunciamientos del ejército. Cuando el 13 de julio zarpó del puerto de Cádiz para Canarias el "Vulcano" con los generales unionistas, ninguno de ellos pensaba residir mucho tiempo en las islas: el pacto con Topete les hacía presentir un retorno fácil sin contratiempos, con todos los honores y en los buques mismos de la marina de guerra.

Ante la proximidad de la partida de la corte para San Sebastián y Lequeitio, Topete activa los sondeos y las consultas; habla con los jefes más destacados de la escuadra; manda un emisario a Madrid, que parte luego para el extranjero a fin de entrevistarse con Olózaga y Prim. Estos sostienen, frente a la insistencia de Topete de proclamar reina a Luisa Fernanda, la consabida solución encerrada en la frase de "soberanía nacional". Y aunque la fórmula no satisface del todo al marino —que ya tiene el asentimiento de la hermana de Isabel, dispuesta a aceptar la corona si se la ofrecen las Cortes— no es tampoco demasiado contraria a sus planes.

Prim, desde Londres, se consume en la impaciencia; sabe que el golpe esta vez es seguro; él es capaz de aquilatar mejor que nadie el valor de la suma de las fuerzas comprometidas, y aunque el cómputo de ellas y la intervención de Topete parezcan señalar a Serrano el papel principal, no niega ni el entusiasmo ni la colaboración más decidida.

El gobierno español lo vigila, y tiene incluso agentes secretos que penetran en su casa, se enteran de la correspondencia secreta del general e informan a González Bravo; pero Prim sorprende al confidente y se vale de él —un italiano— para hacer llegar noticias falsas al embajador español en Londres, que sostendrán en Madrid la ya cándida confianza de González Bravo. Así, por ejemplo, el gobierno español piensa que el conde de Reus está todavía en Londres, cuando en realidad navega rumbo a

Jibraltar como ayuda de cámara de los condes de Bar, en el vapor "Delta". En el mismo barco, con pasaporte chileno, van Ruiz Zorrilla y Sagasta. Todos responden a una indicación de Topete, que reclama a los emigrados para llevar a cabo el pronunciamiento.

Estamos ya en septiembre de 1868; mes fatídico para Isabel y en el transcurso del cual se decidirá la suerte de la reina de los "tristes destinos".

El 17 —el 12 han salido de Southampton— llegan a Gibraltar Prim, Sagasta y Ruiz Zorrilla, mientras los generales unionistas se embarcan en el vapor "Buena-ventura", rumbo a España.

El dinero para la revolución se prodiga a manos llenas. El duque de Montpensier ha dado órdenes para que se abra crédito a Topete y a Adelardo López de Ayala, quienes, con este rasgo de generosidad —no por cierto desinteresado—, encuentran la mayor parte de los obstáculos allanados. La que había de ser con los años nuera del duque, la infanta Eulalia, hija de Isabel II, nos ha dejado en sus memorias esta interesante versión: "La aventura de derrocar a mi madre costó al duque la cantidad, entonces fabulosa, de dieciséis millones de francos, según me confiaba años después, siendo ya mi suegro"¹. Un detalle que hay que tener en cuenta es la confianza puesta por el duque de Montpensier en Adelardo López de Ayala, pues puede muy bien servir de base a suposiciones que encontrará el lector al final de la obra, relacionadas con el asesinato de Prim.

Ya en Gibraltar, Prim y los demás jefes progresistas permanecen ocultos en el puerto y aguardan algo que les libre de la incertidumbre; el conde de Reus ha abandonado el disfraz de ayuda de cámara y viste ahora de paisano; pero temeroso de ser reconocido, no deja el refugio. El

¹ *Memorias... Ob. Cit.*, pág. 15.

algo que aguardan se presenta al fin en la persona de José Paúl y Angulo, enviado especial de los progresistas de Cádiz; él pone al corriente al conde de Reus de los planes de Topete, de la complicidad de la escuadra —casi en su totalidad comprometida para el pronunciamiento—, de los avisos que ya parece tener el gobierno del plan de los conjurados. En el plan hay que improvisar muchas cosas todavía, pero los cabos principales están ya bien atados y firmes. Lo único que hace nacer la desconfianza de Prim es la noticia de que la goleta "Ligera" vigila las costas para impedir el desembarque de los emigrados; noticia grave, porque pone de manifiesto que González Bravo tiene ya conocimiento de su partida de Londres y su próximo arribo a Cádiz.

Topete reclamaba a Prim prudencia y le aconsejaba no presentarse todavía en el puerto; sobre todo, no deseaba que llegase antes que los generales unionistas. En cambio, los revolucionarios de Cádiz aconsejaban, por boca de Paúl y Angulo, hacer el viaje inmediatamente. Pero ¿cómo? El vapor que había traído a Paúl y Angulo no ofrecía seguridad ninguna si era perseguido por la "Ligera". Prim sabía muy bien —y así se lo manifestó a Paúl y Angulo— que le iba la cabeza si era alcanzado en el mar por la goleta del gobierno; pero, sin embargo, decidió correr la aventura y acudir a Cádiz.

Nuevas gestiones de Paúl y Angulo hasta que consigue de un comerciante inglés el vaporcito "Adelia", con el que parten la misma tarde del 17 de septiembre rumbo a Cádiz. La noche oscura y la mar gruesa dificultan el encuentro con la escuadra; el "Adelia" navega perdido por la bahía sin hallar ni un solo buque de guerra. Por órdenes de Topete han sido separados, a fin de hacer frente al temporal. La búsqueda resulta infructuosa y ni un aviso, ni una luz, ni una lancha orienta a los navegantes, que empiezan a sospechar —y Prim tenía, con su

experiencia, muchas razones para ello— que la escuadra ha desistido de pronunciarse. Se habla de regresar, se juzga imprudente seguir sin orientación alguna por aquellas aguas en las que puede aparecer la "Ligera", pero Prim insiste en permanecer en la bahía. No ha abandonado el refugio de Inglaterra, no ha corrido el peligro de ser reconocido en Jibraltar para abandonar ahora la aventura, la emoción de estas horas en las que empieza a encontrar ya el aliciente del peligro. Además, confía en Topete e insiste en llegar, aunque sea en la madrugada, a la fragata "Zaragoza", en donde cree encontrar al marino. A las reflexiones de sus compañeros, a la prudencia que aconsejan las circunstancias —entre las que hay que tener en cuenta el mar, cada vez más enfurecido— Prim expone su confianza en la buena estrella y en la caballería de Topete.

Sigue, pues, la navegación vacilante del "Adelia" y la más incierta aún del "Alegria", pequeño vaporcito incorporado a la arriesgada empresa y en el que va el coronel Merelo, otro de los conjurados. Por fin, una lancha que divisan a poca distancia, va a librarles de la incertidumbre: a grandes voces, casi ahogadas por el temporal, preguntan por la "Zaragoza"; otras voces responden y se entabla un diálogo a medias palabras, como si entre los ocupantes de la lancha y los del vaporcito existiera un recelo difícil de vencer y, al mismo tiempo, una esperanza mutua.

Los de la lancha, mientras amarran un cabo que les ha lanzado el "Adelia", se preguntan si en aquel buque irán los emigrados que han de ponerse al frente de la revolución; los del vapor, si en aquella lancha estarán los amigos que hace horas aguardan. De aquí el diálogo, un diálogo a oscuras, a grandes voces, curiosas palabras, lo bastante elocuentes para delatarse si la lancha está tripulada por